

La inmensa minoría

Miguel Ángel Ortiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. Las aceras del barrio.	13
SEGUNDA PARTE. El verano del Mundial	135
TERCERA PARTE. Un domingo de gloria	229
CUARTA PARTE. La playa de Somorrostro	347

A Isa.
Por caminar conmigo de la mano.

Existe, de hecho, jueces, una ley no escrita, sino innata, la cual no hemos aprendido, heredado, leído, sino que de la misma naturaleza la hemos agarrado, exprimido, apurado, ley para la que no hemos sido educados, sino hechos; y en la que no hemos sido instruidos, sino empapados.

CICERÓN

(Texto de la contraportada de
La ley innata, de Extremoduro)

En la tierra hay un paraíso roto.

JULES RENARD

PRIMERA PARTE

LAS ACERAS DEL BARRIO

El bloque de pisos donde vivíamos era como una colmena de hormigón. Un panal de ladrillos rojos y cemento donde se apelotonaban las abejas trabajadoras del reino. Yo vivía en el portal ciento doce y el Pista en el ciento catorce. Las ventanas de la fachada eran afiladas y estrechas, todas iguales. La de mi habitación daba a la carretera que salía del barrio, rodeaba el cementerio de Montjuich, se retorció hasta el puerto y se alejaba de la ciudad en dirección a Tarragona. La ventana de la habitación del Pista daba al otro lado, al sombrío patio trasero, un solar donde, entre ortigas y cartones, una camada de gatos callejeros esperaba los platos de sobras que les bajaban las viejas.

Muchas tardes las pasábamos allí metidos, lejos de la *xafagor*. Su habitación era un santuario del Barça: pósters de algunas plantillas, del Camp Nou, una bufanda, pegatinas y cromos de varias colecciones sin acabar. En la única estantería que había tenía un cenicero, un Bob Marley de escayola con la camiseta del Barça y el *caganer* de Messi. El Pista se hacía un canuto con el tate de su hermano, le dábamos unas caladas y nos quedamos apalancados; él sobre las sábanas arrugadas y yo, en el suelo. Poníamos el disco de *La ley innata* y lo escuchábamos una y otra vez mientras fumábamos y el humo se deshacía en el techo de la habitación. Yo le leía al Pista lo que ponía en la contraportada del disco y él me decía:

No aburras y déjame escuchar la música.

Como el tate, el CD original de Extremo era de su hermano mayor. Tenía todos los originales. De otras bandas, no; de los otros grupos, la mayoría eran piratas. Nos contaba que empezó a grabarlos antes de que hubiera ordenadores en to-

das las casas, que tenía amigos que por quinientas pelás se los grababan. Él, a rotulador, les dibujaba las carátulas. Luego nos los rulaba a nosotros. Teníamos un ritual: los escuchábamos juntos, en la habitación de su hermano, en la minicadena, una Grundig de las viejas, de las que se usaban en los noventa, con dos altavoces, un lector de CD en la parte de arriba y dos compartimentos para cintas. Había sido su regalo de cumpleaños de los quince. La había cuidado como un tesoro y era de las pocas cosas de la habitación que nunca tenía polvo. Eso y algunos trofeos viejos de campeonatos de fútbol sala. El Pista siempre decía que su hermano no trataba así de bien ni a las pibas, que cuidaba mejor el cacharro que a nosotros.

Me gustaba aquella habitación porque era como volver atrás en el tiempo. Presidiendo la cama, en medio del cabezal, el Robe tocaba la guitarra: la falda hippie, las costillas marcadas, las ballenas tatuadas en el pecho, el pelo largo y rizado y la barba de Jesucristo García. El póster estaba acartonado, rajado en las esquinas. A un lado de la cama, había dos más: uno con el logo de S. A. y otro de los Ramones. Al otro lado estaban los del Barça: el de la plantilla de la primera Champions y uno de Maradona, una portada del *Mundo Deportivo* amarillenta de años, en la que se veía al Pelusa de rodillas en la hierba, los brazos en alto dedicando el gol al cielo. Allí escuchábamos los discos cuando nos los rulaba. Luego el Pista se los quedaba unos días y, las canciones que le gustaban mucho, se las bajaba al móvil. Los buenos se los quedaba más tiempo, una semana o así; de los no tan buenos, se copiaba las canciones que más le chanaban en el teléfono y me los pasaba a los tres o cuatro días. Yo me tiraba algún tiempo más con ellos. Los buenos me los reclamaba rápido y los malos, a veces, me los terminaba quedando porque los dos olvidábamos que yo los tenía. Con el tiempo, me hice con una pila de ellos y no me había gastado ni un chavo ni siquiera en comprarme los CD vírgenes.

Cada año había tenido su ritmo, sus letras. Yo me había enganchado a las de Extremo en secundaria, el año que sacaron el recopilatorio *Grandes éxitos y fracasos*. Las canciones eran

de discos anteriores que, poco a poco, me fui aprendiendo de memoria en los cuatro años que estuvieron sin sacar nada nuevo. Los dos últimos cursos de la ESO fueron los de *La ley innata*. Aunque el disco había salido en 3.º, en 4.º lo seguíamos escuchando como el primer día. Aquel fue el último CD original que el hermano del Pista se compró, el último que coleccionó. Lo escuchamos más de mil veces. Como con los anteriores, me acabé sabiendo todas las canciones de memoria. Cada palabra del Robe me estallaba en la cabeza, me corría por la espalda como un calambrazo. Me retorció algo dentro. Ningún otro cantante componía letras como las suyas. *Acostumbrado a escapar de la realidad, perdí el sentido del camino y envejecí cien años más de tanto andar perdido*. Escuchábamos al Robe como no lo hacíamos con ningún otro adulto.

La suya no era como la música aborregada que salía por la radio. Las letras del Robe eran únicas porque hablaban de lo que él llevaba dentro. De lo bueno y de lo malo. Contaban su historia. Porque todos somos las historias que podemos contar, y solo podemos contar las que tenemos dentro. La nuestra hablaba del barrio porque nos habíamos criado en sus aceras. Las habíamos recorrido arrastrando las bambas, de rodillas en el monopatín, derrapando con las bicis. Nos conocíamos sus rincones más oscuros y húmedos donde fumar un cigarrillo sin que nadie nos viera. Aquel año, el último de la ESO, ya no nos escondíamos; incluso el Pista fumaba en los bancos delante de su casa: sus padres se habían cansado de pedirle que lo dejara. Ya no le decían nada. Yo solo fumaba los fines de semana y algunas veces entre semana, pero nunca en sitios en los que me viera gente que conociera a mis padres, aunque mi madre sabía que yo fumaba porque olía nuestra ropa, la mía y la de mi hermana. Mi padre, no: él tenía el olfato atontado por el olor de la gasolina.

Matábamos muchas tardes en los bancos de la plaza del Nou. Nos sentábamos a comer pipas y a ver cómo otros niños

se habían adueñado del teatro que un día fue el de nuestros sueños. Ahora eran ellos los que por ganar o perder una eliminatoria llegaban tarde a cenar. Aquella plaza había sido nuestro estadio de la infancia: las patas de los bancos, los palos de las porterías; las baldosas, las líneas de banda. Solo parábamos los partidos cuando pasaba una vieja cargada con las bolsas de la compra o cuando le dábamos un balonazo al escaparate del chino que vendía bambas, chanclas y zapatos que parecían ortopédicos. Cuando le metíamos al cristal, el chino salía corriendo detrás del que tuviese el balón para quitárselo, cagándose en todo en su idioma, hasta que se ahogaba, dejaba de correr y volvía a la tienda.

Algunas tardes, en los bancos, a los chavalitos se les escapaba el balón y se lo quitábamos un rato para vacilar. Nos lo pasábamos de uno a otro y ellos corrían detrás como pollos sin cabeza. O nos lo dais o se lo decimos a nuestros padres. Venga, les decíamos, ya estáis tardando. Alguno te metía una patada en la espinilla y enseguida te soltaba un: Dánoslo, joputa. O una del palo. Nosotros, a su edad, si un mayor nos quitaba la bola, nos jodíamos hasta que nos la devolvía. Nadie rechistaba, ni siquiera el Pista, que tenía un hermano mayor. Era otro respeto. Pero los chavales de ahora crecían más rápido. Seguro que alguno de los que corría detrás de la pelota también llegaba tarde a casa por acompañar a una niña hasta su portal. Igual a alguna de las que les miraban, escondidas tras las cáscaras de las pipas, desde el banco de enfrente. Seguro que alguno ya la apretaba contra los buzones y le metía mano cuando se apagaba la luz del portal.

Había balones colgados por todo el barrio. Los había en los balcones de pisos vacíos, desinflados en un rincón del trastero, pinchados en solares olvidados, entre los zarzales de los campos de tierra o perdidos en las laderas de Montjuich. Algunos fueron míos, como el Mikasa de cuero rojo y blanco

que me habían regalado por Reyes cuando era un enano. Aquel balón había durado años, se había despellejado en el asfalto del barrio hasta que una tarde se colgó en un balcón de una casa que llevaba años con la pancarta de *En venda*. Otros balones, los del Chusmari, que era el que más había perdido porque era el que más traía de los mercadillos, o los del Pista o del Peludo, también habían terminado colgados en balcones o atropellados o perdidos por ahí.

Todos nos habíamos quedado sin balones en el barrio, pero nunca nos faltó uno que patear desde que el Pista descubrió la ventana. Cuando nos quedábamos sin bola, nos colábamos al Mare de Déu del Port por la ventana de los baños. El Pista me ponía las manos, yo trepaba, empujaba el cristal, que siempre dejaban abierto las mujeres de la limpieza los fines de semana para que se ventilaran los retretes, y saltaba al otro lado. Luego veía cómo entraba el Pista: sus bombas desgastadas, sus piernas, sus brazos tensos, sus ojos negros. Dentro flotaba un olor fuerte a lejía y a desinfectante.

Salíamos del baño y nos metíamos por el pasillo de la planta baja hasta el gimnasio. La cerradura llevaba años rota y no se podía chapar la puerta con llave. Las sombras de las espaldas se alargaban en la pared como las costillas de un perro escuálido. En un rincón del gimnasio se apilaban las colchonetas y, en el otro, el polvo cubría el lomo del potro de madera. Al lado, en un cuartucho, se guardaban los balones naranjas de plástico de todas las clases. Al Pista la cerradura no le duraba un asalto. Con la llave de su portal y un par de golpes de codo, pim, pam, pum: puerta abierta.

Entrábamos. El Pista se agachaba entre los balones. Decía:

Esta semana se quedan sin balón, y hacía el ruido del tambor que anuncia al ganador: los de segundo.

Y me lo pasaba.

Cuando estaba nervioso me escarbaba los dedos con las uñas. No sabía por qué lo hacía aunque mi padre decía: Eso lo

hemos hecho todos. Está creciendo. Mi madre, cuando le escuchaba, bufaba y decía: No digas bobadas, eso no lo hemos hecho todos. Así hasta que un día me llevó al CAP. En el ambulatorio, el médico me recetó una crema que me tenía que poner tres veces al día: mañana, tarde y noche. El chico es activo, nerviosillo, dijo mi médico. Pero esta cremita hará que se deje de comer los dedos. La crema no olía mal cuando te la ponías, después de lavarte las manos; pero sabía a vómito. Al principio, hizo efecto y, en un par de semanas, casi no me quedaban heridas. La piel crecía, los bordes de las uñas volvían a estar lisos; pero, al tercer tubo de crema, me acostumbré al sabor y volví a escarbarme con las uñas y a morderme los pellejos. Verme los dedos, a mi padre le sacaba de quicio. Resoplaba y decía que la crema valía un dineral y no me hacía nada. Nosotros también éramos nerviosos y no nos hemos muerto, dijo. Luego le ordenó a mi madre que dejara de comprarla. Mi madre no le hizo ni caso y compró otro bote a escondidas. Póntelo y no le digas nada a tu padre, me dijo. Pero, al ver que yo me seguía mordiendo, se rindió.

En el último año de la ESO, casi no me mordía. Alguna vez me sorprendía haciéndolo, antes de un examen o de un partido de fútbol importante; pero tenía los dedos más o menos presentables. En vez de morderme, fumaba más. Al comenzar las clases, quise dejarlo para empezar mejor la pretemporada en el Iberia; solo aguanté unos días sin fumar. Me convencí muchas veces de que solo fumaría los fines de semana. Me lo dije en serio. Hasta le di varios paquetes de tabaco al Pista con seis o siete cigarrillos o más. Él me decía:

Tú deja de fumar las veces que quieras. A mí me va de coña.

Los fines de semana que mi padre iba de turno de tarde, yo no podía poner música. A no ser que tuviera partido, era el último en levantarme y me gustaba poner alguna canción de

Extremo o de Marea o de otro grupo, dependiendo del día y del ánimo, bien alta y cantarla encerrado en la habitación. Desde que el Pista me regaló el CD de Ska-p, mi hermana siempre ponía la misma canción cuando venía a despertarme. Entraba en mi habitación, levantaba la persiana, cerraba la puerta, metía el CD y le daba al play. Se subía en la cama, se soltaba la coleta y empezaba a sacudirla arriba y abajo, mientras tocaba una guitarra invisible y cantaba: *Este es mi sitio, esta es mi gente, somos obreros, la clase preferente. Por eso, hermano proletario, con orgullo, yo te canto esta canción, somos la revolución.* Hasta que un día mi padre se hartó, entró en la habitación chillando y nos dijo: Quitar esa música del demonio. Mi hermana se asustó y la apagó. Si queréis berrear, dijo mi padre antes de salir de mi habitación, apuntaos a *Operación Triunfo*, a ver si nos sacáis de pobres. No le contesté, pero me quedé con las ganas de decirle que las letras de esa música del demonio decían lo mismo que él no se aburría de tragarse todos los días en las noticias. En cuanto se fue, yo cerré la puerta y le dije a mi hermana que bajase el volumen y le diera al play. Nos subimos a la cama y volvimos a cantar.

¡Resistencia! ¡Resistencia!

¡Des-o-be-dien-cia!

De fondo de pantalla tenía una foto, aunque en mi móvil no se veía bien. Era una que nos había hecho el Peludo, de fiesta, en mi cumpleaños del año anterior. Estábamos los cuatro aunque el Peludo estuviese al otro lado de la cámara. Le dijimos mil veces que le pedíamos a alguien que nos la sacase, pero él dijo que no. Dijo que, para él, hacerla era como estar en la foto.

En el medio, salía el Chusmari haciendo los cuernos del diablo; el Pista, a la derecha, con cara de macarra y el pulgar levantado; yo, a la izquierda, sonriendo. Los tres con las camisetas negras de Super Mario que nos habíamos pillado para celebrar mi cumpleaños: el Chusmari con la seta roja, la de las dos vidas; yo, con la seta verde, la de una vida, y el Pista con

la morada, la de *Game Over*. Al otro lado de la cámara, el Peludo llevaba la de Super Mario Bros.

Después de una litrona, así lo explicó el Chusmari:

Están clavás, primo. Yo, la de dos vidas, porque tuve una en Can Tunis y la otra, aquí en el barrio; tú, Retaco, la...

El Peludo le cortó:

El burro delante para que no se espante, ¿no?

Y el Chusmari:

Vete a chingar por ahí, atrapa. Esto no es la clase de Lengua. Sigo: tú, Retaco, la de una vida porque hoy es tu cumpleaños, que es como empezar una vida nueva, ¿vale, primo? El Pista la de *Game Over* porque se ha puesto pesadísimo de que él esa, y el Peludo la de Super Mario porque es la que quedaba.

Mierda de interpretación, le dijo el Pista.

Qué pasa.

Que hay dos que no tienen significado, *nen*.

Todavía queda mucha noche pa sacarlos, dijo el Chusmari.

Luego, con la cerveza y la luna llena, al Chusmari y a todos se nos olvidó el rollo de los significados. Con aquellas camisetitas, parecíamos un grupo de rock de barrio.

Al Pista, el mote le venía de pistacho. Desde pequeño, en el barrio le decían que tenía la piel del color de la cascarilla que recubre los pistachos. Tostada de sol en verano y en invierno. En letras azules, llevaba su mote tatuado en el antebrazo izquierdo. El punto de la i era una estrella de cinco puntas. Debajo, en números romanos, la X de su dorsal en el Iberia: el diez. Desde que le conocía, había tatuado su nombre en todo lo que pillaba: en los libros de texto con bolis de colores; en las mesas del colegio, con el compás; en las paredes, con la punta de las llaves o con rotus.

Pista, Pista, Pista.

El Peludo y el Chusmari vivían en la calle paralela a la nuestra. Al Peludo le llamábamos Peludo porque su madre

tenía una peluquería en el barrio y él odiaba cortarse el pelo. Lo llevaba largo, liso, con la raya en el medio. Cuando éramos más pequeños, cada vez que su madre le obligaba a cortárselo, el Peludo se encerraba en casa y no salía. Al día siguiente, en clase, todavía le duraba el cabreo y se pasaba horas sin hablar. Y eso que su madre solo le recortaba las puntas. El Pista le vacilaba un poco: Ya era hora de que se te viera el pelo, o cosas del rollo; pero el Peludo ni le miraba. Cómo se nota que eres hijo único, le jodía el Pista rascándole la cabeza para que saltase. Y tú un hijoperra, le soltaba el Peludo.

Lo de Chusmari era más simple: venía de una mezcla entre Jesús Mari, su nombre, y chusma. Era gitano y, para la mayoría de los gitanos, el Chusmari era chusma. Para nosotros era un tío noble, amigo de sus amigos. Tenía los ojos oscuros como la noche, la piel del color de la tierra mojada y el pelo negro y grasiento. Lo llevaba cortado a lo cenicero, las puntas teñidas de amarillo canario. Aunque todos le comíamos la olla para que cambiase de peinado, a él le molaba su rollo. Aparte del peinado, para nosotros, de chusma tenía muy poco.

A mí, en todo el barrio, me llamaban el Retaco. Porque era un retaco, sin más. Incluso algunos profesores me llamaban así en vez de por mi nombre. Solo los que habían compartido clase conmigo o me conocían desde pequeño sabían mi nombre; la mayoría de la gente en el instituto no tenía ni idea. Dependiendo de quién lo dijera hasta se me hacía raro escucharlo. Mi padre odiaba que me llamasen Retaco. Cuando *picaban* al portero, si por cualquier cosa atendía él y le preguntaban por el Retaco, mi padre se encabronaba y les decía: Aquí no vive ningún Retaco, aquí solo vive el Roger. Y les colgaba el telefonillo.

Cada verano, mis libros del curso anterior la esperaban apilados debajo del sofá cama del salón. Los dos meses que dormían allí les amarilleaban las hojas, que se secaban como los pétalos de una flor. Mi hermana los reutilizaba. No le impor-

taba que las hojas estuvieran secas: se quedaba dormida sobre ellas igual. Entornaba la puerta de su habitación, acercaba la silla al escritorio, colocaba la sien sobre cualquier página y cerraba los ojos. No estudiaba para los exámenes. No necesitaba estudiar para meter las palabras o las fórmulas en su cabeza. Aprendía más haciendo chuletas que estudiando. A veces se me queda de hacerlas, decía. Sus chuletas no eran papelitos diminutos ni notas en la goma de borrar o la calculadora, ni tampoco temas enteros copiados en folios para dar el cambiazo. Se las hacía en los bolis Bic: sacaba la tinta y, con paciencia, cogía la punta del compás y grababa un tema entero en el tubo de plástico. Por mucho que me acercara el boli a los ojos o lo pusiera a contraluz, yo era incapaz de descifrar nada de lo que ponía. Sus letras parecían signos chinos, pero ella las leía sin despegar el boli del papel. Aunque el profesor se pasara la hora entera frente a su mesa, nunca se daba cuenta de que copiaba.

Yo sí que estudiaba para los exámenes. La tarde antes me hacía un resumen y, el día del examen, me levantaba temprano y me lo leía muchas veces, hasta que me aburría. Si me aburría, es que ya me lo sabía de memoria. Así lo soltaba en el folio del examen: de carrerilla. Con eso me bastaba. También a mis profesores. Cuando salía del examen, ya no me acordaba de nada.

En 4.º de la ESO, el Pista me puso el pendiente. Él lo llevaba desde hacía un par de años, los mismos que había estado calentándome la olla para que yo también me hiciera el agujero. Me lo puso en la cocina de la casa de sus padres. Colocó la punta de la aguja en la llama del fogón hasta que se puso al rojo vivo. Luego apagó el gas y me dijo que me sentara en la banqueta. Me agarró el lóbulo de la oreja izquierda. El Pista siempre lo decía: Ahí, nunca. En la derecha es de maricas. Me miró a los ojos, con los suyos vivos y húmedos, de perro callejero. Me dijo: Es solo un segundo. Vi cómo acercaba la

aguja a la oreja. Después ya no vi la aguja, solo su pendiente, redondo con una estrella blanca en el centro, una dilatación de seis milímetros que le perforaba el lóbulo. Fue un segundo. No dolió tanto, casi ni sentí el alfiler atravesando el cartílago. El Pista dejó la aguja sobre la mesa. La punta estaba negra, sin sangre. Cogió una servilleta y me cubrió el lóbulo. Sujeta, me dijo, ahora para de sangrar. Se lavó las manos y fue a su habitación. Yo me quedé sentado en la banqueta. Enfrente, las tazas y los platos del desayuno estaban amontonados en la *pica*. No había nadie en su casa por las mañanas: su hermano mayor curraba en la fábrica, su madre se pasaba las horas con la vieja que cuidaba, y su padre, al volante del camión de la basura. Mientras le oía revolver en los cajones, al otro lado del pasillo, me quité la servilleta de la oreja y la miré: solo había un pequeño punto de sangre. ¿Qué haces?, dije justo cuando entraba en la cocina. Toma, me dijo. Lo cogí. Era su primer pendiente, uno en forma de diamante, falso, de los que no brillan al sol.

Gracias, tío.

Él tiró una china encima de la mesa.

Póntelo, dijo, y vamos al parque a celebrarlo.

Al entrar en casa, me encerré en el baño, tiré la mochila sobre la tapa del retrete y encendí los apliques. El pendiente chispeó en el espejo. El lóbulo de la oreja izquierda me ardía, lo notaba hinchado, como si el corazón me martillease dentro. La nuez me subía y me bajaba en el espejo. Me acerqué y desenrosqué el pendiente para limpiarme la sangre.

Mi madre nos llamó a comer.

Ya voy.

Mientras intentaba camuflar el pendiente, tocaron en la puerta.

Que ya voy.

Soy yo, dijo mi hermana.

Qué.